

LIDIA FALCÓN O'NEILL

La razón feminista de mi vida.

«Si mi juventud fue dura y prematuramente envejecida, con dificultades impropias de mi edad, mi niñez se caracterizó por el temor, la pobreza y la emoción de la lucha de mis familiares, en contraste con el aburrimiento y la gris medianía carente de todo atractivo, de toda compensación, que constituyó la dominante de las clases populares en la postguerra española», escribí en «Los hijos de los vencidos». ¹ Las biografías deberían escribirse una y otra vez sin suprimir nada. Sumando las diferentes redacciones como se superponen las gradaciones del color en un óleo o en una acuarela hasta dar la tonalidad buscada se conocerían los diversos aspectos de una misma historia, los encontrados sentimientos, el complejo entramado de entusiasmos y desánimos, de fortalezas y debilidades, de esperanzas y depresiones, de torpezas y de aciertos, con que estuvo construída la verdadera vida; no aquella que más tarde, a veces, casi siempre mucho más tarde, reelabora la memoria, y que según el momento en que la autora la retoma, la recuerda, la revive, toma tonos trágicos o sarcásticos o melancólicos, sin que ninguno sea falso y sin que cada uno por sí sólo de nunca al relato el volumen de las tres dimensiones de que se compone todo cuerpo espacial. En una sólo versión, la biografía es únicamente un retrato plano en el que apenas se distinguen los múltiples matices del extenso colorido que componen la rica paleta de una vida. Por lo menos de la mía.

Sigue siendo cierto que aquella infancia marcada por la postguerra

española contuvo muchos más negros que blancos, y que los momentos de brillo quedaron mortecinos por las difíciles condiciones en que yo tenía que disfrutarlos. Cuando comencé a escribir «Los hijos de los vencidos» me encontraba sumida en la pesadilla del encierro de la cárcel de la Trinidad de Barcelona, acusada, como varias decenas de miles de españolas y españoles en aquella aciaga época de haber cometido propaganda ilícita y asociación ilegal, delitos genéricos bajo los que se encarcelaba y procesaba a los demócratas bajo la dictadura franquista. Las paredes y las rejas de aquella prisión me pesaron más que las que más tarde me torturaron en Yeserías. Las condiciones de La Trinidad, dirigida por monjas, eran mucho más duras que las de otras cárceles españolas. La similitud de aquella situación mía con el recuerdo de tantas otras vividas por mi familia, reprodujeron en mi memoria las tintas más oscuras, los recuerdos más lúgubres, los episodios más siniestros de mi infancia y de mi adolescencia, períodos que recoge esta primera parte de mi autobiografía.

Todos son ciertos. Recuperados por una excelente memoria y por la consulta de periódicos, cartas, notas, fotografías, y escritos sin concesiones oportunistas. Escritos en La Trinidad primero, en mi casa más tarde, mientras intentaba recuperar la normalidad familiar y económica después del naufragio; inmediatamente después en Yeserías. Apenas tuve unos meses en libertad, al terminar aquel largo periplo de encarcelamientos, para realizar la corrección definitiva de las pruebas. Hoy debería añadir aquellas pinceladas de color que no tuve ánimo entonces para mostrar.

¿Cuales son más fundamentales para explicar en este breve ensayo los temas que me he propuesto? Mi vitalidad y optimismo, el agudo sentido del humor de mi tía, el inteligente sarcasmo que utilizaba mi madre, el ingenio que yo aplicaba para sacar recursos de la pobreza que me permitieran disfrutar de la vida, la pasión con que escuchaba los relatos familiares, la enorme riqueza que suponían los recuerdos de la abuela, las informaciones de mi tía, el enorme caudal de conocimientos de mi madre, obtenidos ni se sabía cómo, a pesar de su escasa escolarización y de la miseria cultural en que sobrevivíamos.

Todos estos aspectos positivos, y seguramente algunos más, constituyen las infractuosidades ocultas hasta ahora en aquella autobiografía, que forman el verdadero volúmen de mi historia.

Elogio de la madre

Y la mayoría de ellos, como se observa rápidamente, están relacionados con las cualidades extraordinarias que poseían las mujeres adultas de la familia y mi absoluta, y nunca renegada, admiración por ellas. Si como algunos sectores del feminismo afirman hoy² la primera, imprescindible y determinante relación con la madre, conforma definitivamente las relaciones que en la edad adulta las mujeres establecerán con otras mujeres y con los hombres, y en definitiva su comprensión y aceptación del feminismo; mis relaciones con mi madre, y con todas las mujeres de la familia- y todas las supervivientes de esa familia que vivían en España en la mitad del siglo XX- eran mujeres, predecía inevitablemente mi adscripción profunda al feminismo, basado en el cariño a las mujeres y la comprensión de sus graves problemas y dolores. Porque todas las mujeres de mi familia eran feministas, desde la abuela Regina de Lamo, que nacida en 1870, se adhirió al anarquismo cuando aquel fantasma recorría España y se materializaba en un movimiento potente, vanguardista, coherente, que minaba la tranquilidad de la burguesía de la época y amenazaba seriamente su estabilidad futura. Regina hablaba de amor libre, de anticonceptivos, de legalización y práctica del aborto cuando aún no había concluido el siglo XIX. Para el XX ella auguraba las más grandes transformaciones que el progreso había concedido nunca a la humanidad. ¡Que final de siglo éste comparado con aquel! La joven de 22 años que era mi abuela en 1892 resultaría absurdamente revolucionaria, entusiasta, apasionada, idealista, utópica y futurista para las deprimidas, conservadoras, apáticas y mezquinamente interesadas jovencitas de 1992.

¡Y qué decir del apasionado amor y de la admiración sin límites que le profesé, le profesó, a mi madre? ¿Y del orgullo que me embargaba por ser la sobrina de Carlota O'Neill? En la lealtad absoluta a los principios de aquellas mujeres, que con tanto valor y dignidad supieron defender-

los siempre, se encuentran las raíces de mi entrega a la lucha feminista. De mi entrega a la lucha, debería afirmar simplemente. Ellas lucharon siempre por todo lo que creían, que abarcaba tan amplios aspectos de los problemas humanos como la democracia, el comunismo, el socialismo, el anarquismo, el antirracismo, el feminismo en definitiva. Y como habían sabido unirse a hombres que siguieron los mismos caminos de lucha y de sacrificio- Virgilio Leret, el marido de Carlota, militar de aviación socialista, fue fusilado en Melilla en julio de 1936 por oponerse hasta el final de sus fuerzas, físicas y armadas, al golpe fascista, mi padre dirigente comunista, había luchado incansablemente en España, en Perú, en Méjico, contra toda clase de fascismos- no existían incoherencias, ni remordimiento en sus vidas.

¿Iba yo, en consecuencia, a traicionar la larga y dolorosa trayectoria de sacrificios, de renunciaciones, de sufrimientos que había constituido la columna vertebral de los objetivos vitales de varias generaciones de mi familia? Maldición eterna hubiese recaído sobre mí, atraída por los dioses gaélicos de cuyas tierras verdes descendíamos, y cuyas historias tantas veces escuché en los relatos de mi abuela y de mi madre.

El valor de las mujeres, su firmeza, su extrema dureza para soportar necesidades y sacrificios, no eran para mí mitos literarios ni exposiciones teóricas de textos feministas. Constituían el ejemplo cotidiano de nuestra vida privada y pública. No era posible formar una personalidad débil, caprichosa, voluble, bajo la directriz educativa de aquellas gigantas de voluntad de hierro. En algún momento debo escribir un ensayo de cómo era la educación de una niña de izquierdas, ¡tanto como se ha escrito sobre la de las niñas de derechas! en aquella durísima etapa de nuestra historia. Baste hoy con explicar que las enseñanzas maternas no aceptaban ni caprichos ni mimos reprochando siempre las debilidades infantiles con el ejemplo de las gestas heroicas de nuestros resistentes.

Era un privilegio, sin duda, poseer una madre hermosa, inteligente y fuerte, y una tía y una abuela y dos primas, que compartían tales cualidades. Era un privilegio, sin duda, y por ello, algunas amigas

cuando leyeron «Los hijos de los vencidos» me hicieron amargas consideraciones. Me reprocharon haber cometido un «pecado» de soberbia, fácilmente reconocible para quienes estaban muy acostumbradas a examinar sus acciones a la luz de la exégesis católica. Yo me mostraba, a través de las descripciones de mi obra demasiado orgullosa de la belleza, de la valentía y de la inteligencia de mi familia, lo que resultaba empalagoso, exagerado, insoportable, en fin. Insoportable para quienes, como ellas, no podían presumir de haber tenido ni familia de izquierdas-en aquellos años 70 en que tal cosa resultaba una tilde de prestigio- ni madre inteligente y progresista (hermosas, bonitas o por lo menos distinguidas lo eran casi todas las madres de la burguesía, cualidad que las distinguía claramente de las madres del proletariado y el campesinado en tiempos en que las distinciones de clase eran mucho más nítidas que en la actualidad). En resumen, aunque todo lo que contase fuese cierto, aunque por supuesto embelesado por la parcial valoración a que mi subjetividad me empujaba, debería habérmelo callado. Que si mi familia había sufrido persecución, cárceles, miseria, exilio y hasta fusilamiento, más valía no hacer gala de ello para no molestar la fina sensibilidad de los hijos de la burguesía, que aunque habían vivido en la comodidad y muchas veces en el lujo durante los terribles años de postguerra, y se habían educado en los mejores colegios privados de España y de algunos países extranjeros- lo que sin embargo no los había librado del desconocimiento que padecían aún en los años 60 y 70 acerca de los acontecimientos y los personajes más sobresalientes del siglo- ignorantes de las corrupciones, delitos y hasta crímenes cometidos por sus padres, y gracias a los cuales disfrutaban de tales ventajas, y que únicamente se habían interesado, teóricamente, por las miserias de otras clases sociales y de otros países, cuando ya en la adultez intuyeron las falsificaciones que les habían hecho creer sus mayores, y tuvieron deseo de conocer todo lo que les habían ocultado, más en razón de su propio enriquecimiento personal que en la de contribuir al de los otros, les resultaba humillante leer las páginas de elogios que yo le dirigía a mi familia, cuando ellos no podían hacer lo mismo con la suya. Que no les bastaba haber disfrutado del mejor de los mundos en la infancia y la juventud y necesitaban poder vanagloriarse de ello en la madurez.

Pero las mujeres-los hombres constituyen un caso diferente- que justificaban con tales argumentos la envidia que les producía la lectura de las páginas de mi autobiografía, -inimaginable para mí cuando todavía se me hace la boca agua recordando los escaparates de las charcuterías elegantes de Barcelona de los años 40 y 50- están equivocadas en esa valoración de los sentimientos que siempre abrigué por mi madre y por las demás mujeres de mi familia. No fueron sólo las evidentes cualidades que poseían las que me hicieron amarlas e imitarlas. A ellas era imprescindible añadir el profundo convencimiento que tenían sobre su propia dignidad y el empeño con que sabían defenderla. No es preciso que la madre sea especialmente bella ni inteligente ni revolucionaria para amarla y respetarla. Lo fundamental es que se abrigue la ideología de que es preciso y bueno amar y respetar a la madre, porque como madre y como mujer se merece amor y respeto.

Las madres de las amigas que en la forma descrita me expresaron su disconformidad y descontento por las páginas de mi autobiografía no eran feas, algunas por el contrario ostentaban las huellas de una belleza bien alimentada durante generaciones, no padecían tampoco deficiencias mentales ni aún leves, y se habían portado responsable y tiernamente con sus hijas. Y aunque por supuesto habían interiorizado la ideología conservadora y hasta reaccionaria que les inculcaron varias generaciones de patriarcas de su familia, y que era un calco desvaído de la que sustentaba el marido, no la defendían con la agresividad que mostraba éste ni sus actos tenían la repercusión, tantas veces violenta y criminal, de los del padre. Mis amigas feministas ~~no tenían, pues, la obligación de~~ analizar y comprender la conducta de su madre, entendiéndola más como víctima que como verdugo. Pero éstas habían aprendido en las enseñanzas paternas y escolares a despreciar a las mujeres, cuya más importante y representativa exponente la constituía su propia madre. Asimilando una cultura machista en la que las cualidades consideradas femeninas, todas aquellas que representan lo mejor de los seres humanas, no merecían más que ser calificadas como ridículas, y habiendo padecido una educación de exaltación de los valores masculinos transmitida por los hom-

bres de su familia y adquirida en los años de precarias enseñanzas medias en colegios religiosos, la posición privilegiada de sus compañeros varones únicamente les había provocado una extrema envidia y excitado el deseo de ser hombres. Sentimientos todos que desarrollaron en ellas, como inevitable consecuencia, un mayor desapego de su madre, un compulsivo desprecio hacia su femenina incapacidad para comprender el complejo y superior mundo masculino, un compartir y aceptar las críticas escuchadas a su padre y a su marido respecto a la madre y a la suegra. Someterse, al fin, a la colonización ideológica masculina que establece la enemistad eterna entre las mujeres como condición imprescindible para conquistar el favor de los hombres, sin cuya compañía y protección la vida les es imposible.

Amar y respetar a la madre que además de parimos nos cuida, nos quiere, nos protege, nos enseña- las que odian a los hijos y los abandonan o los maltratan se vengan en ellos de la opresión con que el poder las ha obligado a reproducirse en contra de su deseo- debe ser una retribución natural a los beneficios recibidos de ella. La ideologización machista ha producido el monstruoso sentimiento de hostilidad que lleva a las hijas, y a pesar de las enseñanzas de Freud, también a los hijos, a matar a la madre. Este matricidio constituye hoy el más horrible crimen, el peor error que pueden cometer las mujeres y de difundirse hundirá al feminismo en el fracaso, porque asesinando a nuestra madre nos destruimos nosotras mismas, rechazamos lo que de más digno y apreciable poseemos y nos incapacitamos para depositar nuestra confianza en las demás mujeres. Sobre este transcendental tema debe consultarse el libro de Suzanne Blaise «Le rapt des origines ou la meurtre de la mère».³

Cualquier hija puede sentir por su madre, analfabeta, envejecida, timorata, sentimientos iguales a los que yo abrigo por la mía, pero para ello es preciso que sea un poco feminista.

Importante es, además, explicar la condición fundamental que, además del amor y la admiración que supieron despertar en mí hacia las mujeres de mi familia, influyó determinante en mi formación infantil:

nunca reprimieron mi natural curiosidad por las cosas y por las personas, nunca cortaron el impulso de indignación, de pasión, de rabia con que yo recibía las informaciones sobre las variadas injusticias padecidas por los seres humanos. Excepto en cuestiones de sexualidad, en las que el puritanismo comunista se imponía, tuve la educación más liberal de cuantas he conocido. Nunca se me hurtó una respuesta ni se me ordenó callar cuando planteaba mis preguntas. Nadie torció, coartó ni reprimió mi natural vehemente carácter. Ya en la juventud mamá argumentó que desde niña alentó mi independencia y propició el fortalecimiento de una voluntad y un temperamento fuerte para que supiera defenderme ante todas las adversidades que a mujeres educadas en la sumisión y el miedo las derrotan. Y bien cierto es que lo consiguió.

Represiones y explotaciones

Represiones y explotaciones. Eran palabras que se escuchaban en casa decenas de veces diariamente. No era posible olvidar las causas económicas que constituían el motor de la historia. La lucha de clases había desencadenado la Guerra Civil española, y había impulsado los más importantes movimientos de masas durante un siglo: había creado el movimiento cooperativo del que mi abuela era la más profundamente convencida y el movimiento sindical del que era la más ardiente defensora, y los partidos políticos, socialista y comunista y había llevado hasta la victoria la revolución de Octubre. Las condiciones materiales determinaban y creaban la conciencia y la conciencia transformaba las condiciones materiales. Sin tener ni un ejemplar de «El Capital» ni de ninguna de las obras de Marx, ni Engels, ni Lenin, que la biblioteca familiar había sido varias veces destruída y confiscada en el curso del último siglo, como siempre es la cultura objetivo de la insania fascista, la memoria materna iba enseñándome las líneas maestras del pensamiento marxiano, las leyes fundamentales de la dialéctica materialista, cuando en España, en aquel momento, ni las Universidades las conocían. Marxista era lo único inteligente que se podía ser y todas las mistificaciones cristianas y liberales de la realidad no merecían más que el desprecio como falsedades que eran, difundidas por la

burguesía para domesticar al proletariado.

Mi adscripción al marxismo y mi incorporación al PSUC más tarde no fue producto de una transformación ideológica ni cultural, ni tuvo más mérito que el de mantenerme fiel al ideario y al comportamiento familiar. Al mismo tiempo seguir siendo feminista, no costaba más que seguir admitiendo las verdades transmitidas oralmente, y demostradas en su comportamiento diario, por aquellas mujeres que constituyeron el más firme asiento, la más profunda raíz, la savia de mi vitalidad.

Y es importante poner el acento en ese condicional «a pesar de todo», porque en los años 40 y 50 y 60, cuando ya formaba parte de una célula del PSUC en Barcelona, ser feminista parecía por lo menos una incoherencia, cuando no una traición.

Feminismo y comunismo

Sobre las relaciones que han sostenido, a lo largo de más de un siglo, los movimientos obrero y feminista se han escrito ya algunas páginas esclarecedoras. Cuento entre ellas mi último libro, la tesis doctoral «Mujer y Poder Político». ⁴ Relaciones que nunca fueron buenas, en ocasiones de franca hostilidad, y cuyos enfrentamientos concluyeron siempre con el fracaso del feminismo- una situación parecida estamos viviendo en la actualidad entre socialdemocracia y feminismo-.

En 1959 cuando solicité mi ingreso en el PSUC no conocía con el detalle y la profundidad que hoy las encarnizadas batallas que habían librado a lo largo de cien años los defensores del socialismo y del comunismo contra las militantes feministas, pero intuía y sabía que de momento era imposible establecer una síntesis entre las dos ideologías liberadoras.

Era preciso luchar contra la dictadura, y era preciso hacerlo desde el partido que disponía no sólo de una organización sólida, estructurada y eficaz, sino que defendía una ideología transformadora del mundo. Para mí la obtención de la democracia no resolvería los más graves

problemas de las clases trabajadoras españolas. Y hoy, quince años después de haber construido un Estado democrático-burgués, me parecen más que nunca acertadas mis convicciones de 1959. El reparto de las riquezas, las variadas riquezas que pertenecen por igual a todos los seres humanos: riquezas económicas, culturales, ecológicas, no podrá ser nunca alcanzado en el seno del sistema capitalista, conclusión que en este fin de siglo de ideologías liberales triunfantes, se hace cada vez más evidente. Para el capitalismo, en una sociedad desarrollada consumista, no resulta conveniente y en consecuencia lo argumenta como éticamente aceptable, que las clases explotadas tengan acceso a la cultura ni a los secretos de Estado ni a las estrategias militares; mantiene el ejército de desempleados que le sirve para disponer de fuerza de trabajo barata, servil, somete a las poblaciones subdesarrolladas a la extrema miseria, y esquilma los recursos naturales para seguir obteniendo las enormes plusvalías de que se beneficia. Como nunca me parecía válido el dilema de Rosa Luxemburgo «O socialismo o barbarie».

Era por tanto, en 1959, el objetivo a alcanzar en España, más que la democracia burguesa la construcción del socialismo. O por lo menos ese era «mi» objetivo. Seguramente no coincidía con la mayoría de los militantes del PSUC y menos que con nadie con sus dirigentes, pero esta discrepancia sólo pude constatarla muchos años después, sobre todo cuando los objetivos del partido fueron hechos públicos en los congresos de la democracia. Para la jovencita idealista de 23 años resultaba indudable que se militaba en un partido comunista para hacer la revolución socialista. Y todavía me admiran las vergonzantes declaraciones de conocidos exmilitantes y dirigentes de aquel partido y del PCE que afirman que ni ellos ni su partido pretendieron durante los años de la dictadura más cambio que el de reinstaurar la democracia perdida con la Guerra Civil, deseosos de hacerse perdonar su execrable pasado comunista, en estos tiempos en que no sólo haber defendido la Revolución de Octubre y el Estado soviético es una tilde de infamia, sino que ni siquiera ser de izquierdas resulta ya inteligente.⁵ (Sánchez Vázquez)

Mis años de militancia comunista

Fueron pocos organizada y muchos como francotiradora, pero participé en tantas actividades y conspiraciones que resulta imposible simplemente relacionarlas aquí, cuanto menos analizarlas en profundidad. Formé parte de varias células, me reuní con Miralles, Satrústegui y Piniés, los organizadores del «contubernio de Munich» en Zaragoza para pedir su apoyo en la campaña por la amnistía, pasé clandestinamente la frontera a varios camaradas, incluidos dirigentes del País Vasco, redacté una crónica semanal sobre la situación económica de España para Mundo Obrero y para Radio España Independiente, apoyé las luchas de los presos de Burgos y tuve multitud de reuniones y de discusiones políticas con los camaradas, mientras estuve organizada, y cuando resultó evidente para mí y para ellos que la política de sometimiento a los objetivos de la democracia cristiana que estaba haciendo Carrillo no era lo mío, seguí trabajando por mi cuenta en el utópico proyecto de la recomposición de un verdadero partido comunista. Esta etapa mucho más larga que la anterior me llevó a formar parte durante un breve espacio de tiempo del PCE-VIII Congreso que lideraban Eduardo García y Enrique Lister, constituido a partir de la escisión que provocó en el PCE la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Cuando me separé de ellos, convencida de que los métodos de éste eran iguales que los del otro partido, dediqué mi tiempo libre a redactar e imprimir un panfleto que titulé «La verdad es siempre revolucionaria», en homenaje a Gramsci, para lo cual hubo que hacerse en dos ocasiones con las ciclostiles necesarias, de manera poco legal, y que, como era previsible, dió con mi persona en la cárcel. A estas actividades había que añadirle la defensa legal de presos políticos de todos los partidos, las reuniones de discusión, la huelga de hambre de diciembre de 1970 en la Asociación de Amigos de Naciones Unidas de Barcelona en petición de amnistía para los acusados del Consejo de Guerra de Burgos, la participación y organización de asambleas en el Colegio de Abogados, las asambleas de abogados de todo el Estado español contra el Tribunal de Orden Público, la redacción y difusión de panfletos contra la dictadura y en defensa de los trabajadores, el segundo encarcelamiento en Yeserías,

acusada de participar en el atentado cometido por ETA en la calle del Correo de Madrid. Es una buena lista de actividades, y aún incompletas, porque faltan las numerosas falsificaciones de documentos de identidad, de pasaportes, de certificados de trabajo, con que alquilar pisos y coches, los innumerables viajes a París, para tomar instrucciones, para recoger propaganda, las noches en vela discutiendo o imprimiendo en prehistóricas vietnamitas.

Y del feminismo ¿qué?

Ninguna de estas actividades me apartó o me hizo olvidar el feminismo. Di conferencias, escribí libros y organicé grupos de mujeres a la par que trabajaba para el partido y la subversión social. Porque si siempre fui tan ingenua en la valoración de los ideales de nuestro pueblo y de su conciencia revolucionaria, nunca me engañé respecto al feminismo de mis dirigentes y camaradas comunistas. Y esa es la mejor ventaja que he sacado a mis compañeras feministas de varias generaciones. Ni me convencieron nunca los tibios y contradictorios argumentos esgrimidos por los comunistas para retrasar el apoyo a las reivindicaciones femeninas, ni las pomposas resoluciones programáticas afirmando sus buenos propósitos emancipatorios de la mujer, ni me dejé asaltar nunca por la vocación redentora de machitos descaminados que sienten todavía hoy tantas militantes de partido, convencidas de que sus acertados mítines y mejores intenciones llevarán la luz a las obtusas mentes de sus camaradas, en forma semejante a cómo las jovencitas contraen matrimonio con hombres borrachos, jugadores y mujeriegos seguras de que su angelical ejemplo y entregado trabajo a redimirlos los transformará en maridos y padres modelo.

Desde el principio, que es decir desde siempre, recordando las sabias enseñanzas maternas sobre el machismo de sus camaradas y dirigentes de partido, comenzando por mi padre, estuve convencida de que el trabajo feminista debía ser obra de las propias mujeres, ignorando las consignas del partido y muchas veces contra ellas. Y nunca estuve dispuesta a dar cuentas de mis actividades en este sentido más que a mis propias compañeras.

La lista de mis actividades feministas es también larga. Desde los primeros artículos escritos a los 14 años con la fundamental ayuda de mi madre en la revista de la academia Condal «Orientación», en los que con ira adolescente contestaba a los insultos que un compañerito de clase dedicaba a todas las mujeres en un impresentable artículo, a los que siguieron artículos y cuentos literarios que comencé a publicar en la prensa diaria y en revistas periódicas en 1954⁶ cuando sólo contaba 18 años, hasta la constitución del Partido Feminista en 1979, he participado en las más importantes asambleas y reuniones españolas e internacionales sobre feminismo. Las primeras, o de las primeras, organizadas al amparo de la asociación de Amigos de Naciones Unidas de Barcelona, donde formé la Sección de Derechos de la Mujer, en 1968, constituyeron la prueba de fuego que me dió la madurez en cuestiones organizativas de mujeres y me produjo los primeros y decisivos enfrentamientos con el PSUC. Las dos cuestiones que decidieron a la dirección del partido a sabotear mi trabajo y a enviarme a dos topos para calumniarme y desprestigiarme con el grupo de mujeres que había logrado reunir, fueron mi definición de feminista, ya se sabía que todo feminismo era burgués y quien lo defendía hacía labor fraccional y antipartido, y mi convencida decisión de que en los grupos de mujeres no podían participar hombres, que fue calificado agriamente por mis compañeras psuqueras como antidemocrático. El resultado fue que después de la orden del PSUC de que ninguna de sus militantes se acercara nunca más a mí, el grupo quedó escualido y prácticamente anulado.

Era preciso, por tanto, como en la experiencia partidaria, comenzar de nuevo confiando únicamente en las propias fuerzas, según reza la consigna maoísta. Y eso hice. Lo que fue bastante más productivo y gratificante, y dejé de emplear y perder fuerzas en discutir y enfurecerme con los hombres, para dedicarlas a discutir con las mujeres, que a pesar de todo siempre tiene efectos más creativos.

La experiencia asamblearia

Al llegar 1975, la permisividad del régimen para que las mujeres

organizaran algunos festejos con motivo del Año Internacional de la Mujer, provocó un florecimiento inesperado e insospechable de los grupos de mujeres. Aquel país que unos meses antes parecía ocupado únicamente por hombres vió llenarse las universidades, los colegios profesionales, los círculos culturales, las asociaciones de vecinos, y hasta las parroquias, de mujeres enfebrecidas, que sin pudor alguno hablaban a gritos de trabajo, de familia, de hijos, de amor y aún de sexualidad, con el lenguaje más crudo y con una desvergüenza inimaginable tras cuatro décadas de represión nacional-católica.⁷

¡Oh que años de gozo, de delirio, de libertad y de libertinaje! En los 70 el Movimiento Feminista fue una fiesta.⁸ Gracias al destino me fue concedido vivirlos. Y para mí, que ya no tenía veinte años, supuso el rejuvenecimiento que aún no precisaba. Con el entusiasmo que me caracteriza me dediqué con más entusiasmo y más eficacia a la lucha feminista subversiva, puesto que la clandestinidad y la persecución policial no la restaba, que en mis años de militancia comunista.

En 1975 constituímos unas cuantas mujeres el Colectivo Feminista de Barcelona, en cuya representación asistí en Madrid a las Jornadas de diciembre de 1975, y casi inmediatamente nos federamos con otros colectivos que se iban formando: en Madrid, en Ibiza, en Zaragoza, en Asturias, en Castellón. Por cierto que el de Castellón fue el que reunió las mujeres mejor preparadas política y culturalmente. Y todas juntas nos organizamos y constituímos una fuerza importante de presión en las reivindicaciones imprescindibles de aquel momento. Juntas asistimos al Tribunal de Crímenes contra la Mujer de Bruselas de marzo de 1976 y a las Jornadas Catalanas de la Dona de mayo de 1976, e inmediatamente después se produjo el primer rompimiento. Un sector del Colectivo de Barcelona se escindió por motivos de estrategia anarquista, según afirmaron, y constituyeron LAMAR, grupo feminista de incierta ideología y de poca duración; pero el trabajo no se interrumpió, porque quedábamos la mayoría y enseguida aumentamos el número, de modo que durante casi un año más trabajamos juntas y unidas, sintiéndonos extraordinariamente cercanas, dependientes y cariñosas unas de otras. Por lo menos yo. Por ello, cuando en abril de

1977, inesperadamente para mí y para más de la mitad de las participantes, otro sector de las «fieles» del Colectivo dió un golpe de Estado y se organizaron en una caótica reunión para expulsarnos a todas las promotoras del Colectivo, fui herida tan gravemente por la traición que nunca recuperé mi original confianza en las mujeres. Aquel esperpéntico final de la experiencia asamblearia, que a mí entonces me pareció especialmente dramático y en el que creí verme envuelta únicamente por mi congénita ingenuidad, resultó no ser tan insólito en los medios feministas. Cuando conocí los avatares de las feministas francesas, especialmente la persecución de que había sido víctima el grupo Psiquepó y la *Librairie des Femmes* por parte de sus compañeras de otros grupos, comprendí que el cáncer de las enemistades y antagonismos en el seno del Movimiento era un problema universalizado y que requiere urgentemente una reflexión profunda y la adopción de medidas para impedirle su proliferación, bajo pena de ser condenado la totalidad del Movimiento a su extinción.⁹

Simultáneamente a todas las actividades relatadas, fundé y financié la revista mensual *Vindicación Feminista*. La difusión que obtuvo la misma y la repercusión, no sólo en España sino internacionalmente, que alcanzaron sus artículos e informaciones, la hicieron conocida de todo el mundo político y feminista. Esta empresa merece todo un artículo. No sólo por la riqueza de los materiales que publicamos, el interés de los debates que protagonizamos, las campañas que desencadenamos, que nos ocasionaron más de un proceso judicial, las informaciones que ofrecimos, sino también por la heroicidad que supuso mantener la revista durante tres años- julio de 1976 hasta diciembre de 1979- en el curso de los cuales publicamos treinta números, cuando después del primero ya no tenía dinero. Los avatares que sufrí para financiar la revista, la ayuda que recibí de un grupo de amigos y simpatizantes y el penoso final, acosada por los supuestos accionistas y algunas de las empleadas, que pretendieron sacar la última tajada de los restos del naufragio, y la hostilidad de que nos hicieron víctimas todos los grupos feministas, y los sindicatos y los partidos, merecen un relato detallado. Para otra ocasión. Aquí sólo quiero poner de relieve que la historia de *Vindicación Feminista* me proporcionó una enorme experiencia sobre

la insolidaridad del Movimiento Feminista y de las mujeres de los sindicatos y de los partidos políticos, y la falta de visión de todas ellas sobre la enorme riqueza ideológica y organizativa que suponía la revista para el feminismo español y que ningún otro país poseía. El cainismo denunciado tan amargamente por Unamuno venía nuevamente en este desolado panorama del pensamiento feminista español.

Simultáneamente la experiencia del Colectivo Feminista dió pie a la reflexión de cómo la organización asamblearia o la falta de reglas del juego hunde a los grupos feministas en una lucha salvaje en la que nadie se salva. Por tanto, las supervivientes del naufragio constituimos la Organización Feminista Revolucionaria para la construcción del Partido Feminista. Si el feminismo era una opción política y no únicamente un grupo de presión o de asistencia social, debía dotarse de los instrumentos precisos y eficaces para ello, y mientras no se descubriera otro mejor el partido resultaba la organización más adecuada. (Sobre cómo se constituyó el Partido Feminista y sus objetivos, estructura y tesis ideológicas y estrategia política ver «Poder y Libertad»)¹⁰ En el momento de la constitución del partido publicamos el primer número de la revista Poder y Libertad, que tiene ya 20 números en la calle ¹¹.

Fue el momento, pues, de trabajar intensamente en organizar el Partido, mientras seguía ejerciendo la profesión, escribiendo artículos en la prensa diaria y libros, dando conferencias, viajando: EEUU, Europa, Latinoamérica, Japón, Israel, Nairobi. El feminismo requería toda mi fuerza y resultaba extraordinariamente revitalizador y esperanzador entregársela.

En 1981 creamos el club Vindicación Feminista de Barcelona, a través del cual prestábamos asistencia jurídica y psicológica a mujeres en situación de crisis, y en 1986 el de Madrid y más tarde la Federación de Clubs de toda España. En 1989 comenzamos las publicaciones de libros con la marca Vindicación Feminista Publicaciones. ¹²

El pensamiento feminista

De este breve resumen biográfico las lectoras pueden sacar la conclusión de que he empleado toda la vida en el activismo político y feminista. Quizá no he contado que estudié Derecho cuando me separé de mi marido, y que he ejercido desde entonces la abogacía en mi Gabinete Jurídico para la Mujer, pero aquí no es esta la actividad que deseo remarcar. Tantas horas como he consumido en reuniones políticas y feministas, en asambleas y mítines y viajes y entrevistas con otros y otras líderes españolas y extranjeras, he invertido en la reflexión y el estudio de las causas y el origen de la marginación femenina, o cómo ahora se ha puesto de moda definir para mistificar la lucha feminista, el problema del género.

En 1962 escribí «Los derechos civiles de la mujer» y en 1964 «Los derechos laborales de la mujer», y en 1967 «Mujer y Sociedad», que se publicó con dos años de retraso gracias a la laboriosidad de la censura franquista. Pero estas obras, que son las primeras publicadas después de la Guerra Civil sobre tales temas, y en las que manejo la mayor documentación accesible de aquel momento, no hacían más que recopilar los datos de la opresión femenina. Y digo que «no hacían más», como si tal cosa fuese en sí misma despreciable, cuando la verdad es que supuso una revelación en España y el resonar de las primeras trompetas de llamada a la lucha en un país donde sus mujeres se hallaban mucho más hundidas en la explotación y la humillación que sus hombres.

Pero hoy puedo comprender que aquella ingente labor de recopilación de los datos de la opresión y la marginación de la mujer, buscando las causas profundas y reales del problema en la superestructura de las organizaciones sociales: normas jurídicas, religiosas, culturales, correspondía a la ingenuidad de mi edad y a las directrices liberales del pensamiento progresista de la época respecto a la condición femenina, que se imponía sobre todo otro método de conocimiento, incluso en el seno de los partidos comunistas y que, a pesar de las enseñanzas familiares, influía muy poderosamente sobre mi trabajo.

«A la mujer se le habrá extirpado el clítoris para que no sienta placer, se la habrá encerrado en los harenes y en los gineceos, se la habrá vendido como esclava y prostituta, se la habrá matado en la infancia, se la habrá vestido con velos o con estameña, se le habrá medido el contorno de la cabeza y pesado el cerebro para demostrar que es una imbécil, se le habrán vendado los pies o tatuado la frente y los labios, se le habrá puesto un cinturón de castidad o cosido los labios genitales e infibulado la vagina, se le habrá roto el cuello con los anillos de hierro de las mujeres jirafas, se le habrá desviado la columna vertebral y estrangulado el estómago y el hígado y los pulmones con corsés de tortura, se le habrá prohibido hablar y reír y hacer el amor y comer demasiado, o se la habrá obligado a comer como un animal para engordar, se la habrá prohibido abortar y de hacerlo se la habrá matado o encerrado en la cárcel, o se la habrá esterilizado sin preguntarle; se la habrá vendido para prostíbulos o le habrá hablado de la castidad como de la virtud suprema de la mujer, se la habrá considerado apreciable si sabía todas las artes del sexo, o si era virgen, ignorante y sosa en la cama; se la habrá prohibido el ejercicio de la medicina, de las leyes, de la arquitectura, de la diplomacia, de la judicatura, de la enseñanza, y se la habrá estimulado y ordenado que trabaje en los talleres, en las minas, en las canteras, en las fábricas, en la siega y en la vendimia; se la habrá considerado un ser débil y a punto de la extenuación si pretendía sentarse en los escaños del Parlamento o acudir un día cada cuatro años a votar en los comicios, y se le habrá dicho que sus trabajos femeninos eran ordeñar vacas, cargar sacos y cubos de agua, acarrear leña, lavar ropa, fregar suelos y cristales, se le prohibirán los trabajos nocturnos en las fábricas y se considerarán apreciables las artistas de circo y de clubs nocturnos; se la llamará «angel», «reina», «encanto», «dulzura», «ternura». «abnegación» y «vampiresa», «demonio», «bruja», «malvada»...Y nadie sabrá por qué» escribí en «La Razón Feminista» en 1980. ¹³

La enorme lista de prohibiciones religiosas, jurídicas, políticas, culturales, de costumbres, familiares, educativas, supersticiosas, con que se había torturado inmemorialmente a las mujeres, había sido el tema de todos mis libros anteriores. Libros que me parecen hoy todavía fun-

damentales tanto para conocer la superestructura de la opresión femenina, como para comprender la evolución de mis estudios y de mi pensamiento en esos años, pero que nunca colmaron mis ansias de hallar la respuesta a la pregunta fundamental: ¿por qué? «La idea de que un grupo de hombres poderosos se podría reunir con el propósito expreso de idear conscientemente maneras de aumentar la opresión sobre las mujeres no tiene muchas posibilidades de ganar credibilidad» escribe Janet Saltzman ¹⁴. Y esta es exactamente la cuestión. Yo también tenía que descartar la teoría conspirativa, y para quien ha defendido la interpretación materialista de la historia durante toda su vida las explicaciones religiosas, psicológicas o casuales no podían convencerme.

En 1974, mientras organizaba un nuevo grupo de mujeres, reducido y clandestino, en el refugio de mi casa, comencé a redactar un panfleto con las tesis programáticas del mismo que comenzaba: «La mujer es una clase social...» y cuando lo hube hecho me planteé, sorprendida de mi propio atrevimiento, si tal definición podía darse por científicamente cierta. Había comenzado para mí el más largo periplo de investigación, estudio y discusiones y enfrentamientos con los y las compañeros y compañeras de lucha, de toda mi vida. Porque ese chispazo de entendimiento del problema, esa intuición de que las condiciones de opresión de las mujeres correspondían exactamente a las de una clase social y económica, mucho más explotada que cualquiera de las otras clases masculinas, y que se hallaba además explotada por sus compañeros varones, tanto como por patronos y capitalistas, me obligó a estudiar durante cinco años ininterrumpidos los textos fundamentales de la teoría marxista y las obras que las feministas estaban publicando en varios países, hasta decidirme a comenzar a escribir los dos largos tomos de «La razón feminista».

En aquellos confusos días en que redactaba el breve panfleto a que he hecho referencia, me planteaba seriamente cual era la verdadera causa de la diferente situación social de que disfrutaban hombres y mujeres en cualquier sociedad. La respuesta evidente era que las mujeres se reproducían y los hombres no. Aquí debía hallarse, pues, el meollo del problema. Bien, ¿y qué más? La búsqueda de orientación

dió pronto sus frutos. Engels, en su legendario ya «Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado» comparaba la explotación capitalista con la que se producía en el seno de la familia, cumpliendo en ella el marido el papel del burgués y la mujer el del proletario, y añadía: «la primera división del trabajo es la que se hizo entre los sexos para la procreación y la primera explotación de clase es la de la mujer por el hombre». Marx afirma que «en el curso de la producción económica-social los hombres establecen entre ellos ciertas relaciones, las cuales crean necesaria e independientemente de su voluntad, ciertas condiciones.»¹⁵ y añade que «la reproducción es una forma de producción.»¹⁶ Estas eran las respuestas precisas a las preguntas que yo me había formulado que se completaban con el axioma marxiano de que «mientras una clase no tiene fuerza ni conciencia para elaborar su propia ideología, asume la ideología de la clase que la precede, que está en ascenso.»¹⁷ que me permitió comprender la adscripción de las mujeres a las ideologías socialistas y comunistas, en defecto del feminismo para cuya elaboración no poseían aún ni fuerza ni conciencia suficientes.

En el verano de 1974 me llevé a la playa los dos tomos de «El Capital» y me dediqué a repasarlos exhaustivamente. Cuando comenzó la «rentrée», no había concluido mi trabajo, aunque una cierta claridad comenzaba a hacerse en mi mente, pero la policía político-social no me dejó seguir estudiando tranquilamente en casa, porque el 16 de septiembre me detenía en Barcelona, me trasladaba a la DGS de Madrid, y el Tribunal Militar me encarcelaba en Yserías por nueve meses más. Lo que para mi trabajo fue realmente productivo, porque en aquellos más de 270 días, pude completar mis estudios. En prisión tuve la suerte de que algún amigo de las presas, desconocido para mí y por tanto a quien nunca pude agradecer un regalo tan beneficioso, nos enviara el espléndido libro de Franz Jakubowski «Las superestructuras ideológicas en la concepción materialista de la historia», su tesis doctoral,¹⁸ que me abrió caminos de reflexión amplios y enormemente enriquecedores.

En Yserías escribí mi primer resumen de «La razón feminista». Veinte

folios a un espacio en los que exponía casi todos los argumentos que más tarde desarrollaría en dos mil páginas. El documento lo saqué secretamente de la prisión y fue a parar a varios colectivos de mujeres, que mucho más tarde me explicaron el enorme impacto que les causó y cómo a partir de su lectura cambiaron sus planteamientos liberal-religiosos sobre la opresión femenina. Pero lo que sin duda demuestra mi valor fue que precisamente allí, en el absoluto encierro de la cárcel, en una reunión de treinta mujeres, todas las del departamento de políticas, pertenecientes a siete u ocho partidos políticos marxistas-leninistas, cuya firmeza de convicciones ideológicas y fiereza de carácter las había llevado hasta aquel lugar, acusadas algunas incluso de terrorismo, afirmé que la mujer era una clase social y económica explotada por el hombre. Y salí indemne físicamente, no tanto psíquicamente cuanto que los insultos que recibí no dejaron de afectarme, porque mis amigas del FRAP se organizaron para defenderme, más en razón de la solidaridad que debía regir en la misma comuna a la que yo pertenecía, que en la de que estuvieran de acuerdo con aquella declaración hereje.

En 1980 tomé nueve meses de descanso sabático en el despacho, y con la ayuda, siempre la generosa, inalterable e indispensable ayuda de Elvira Siurana que ya compartía conmigo la vida desde hacía 3 años, comencé a redactar «La Razón Feminista». Lo curioso es que primero comencé a escribir el que luego sería el segundo tomo sobre la reproducción humana, hasta que la investigación de las condiciones materiales en que se desenvuelve la vida de las mujeres en las sociedades domésticas, llamadas naturales hasta entonces, y otras lecturas históricas y antropológicas me obligaron a iniciar la redacción de mi tesis con un general estudio de la mujer como clase social y económica, y el modo de producción doméstico, para dedicar más tarde otro tomo completo al estudio específico de la reproducción humana.

La razón feminista

La razón feminista constituye la teoría más coherente para explicar la

condición de la mujer como sexo reprimido y marginado a través de todos los siglos y de todas las sociedades. En dos mil páginas reuní el acervo más completo de información histórica, económica, antropológica, sociológica que existía en aquel momento, sobre la situación de la mujer en el mundo. Y las conclusiones resultaban inevitables, después de la ordenación y el análisis de los datos. La mujer constituye una clase social y económica explotada y oprimida por los hombres de todas las clases sociales. La explotación económica de las mujeres se produce a través de tres procesos de producción en los que se halla inserta: la reproducción, el trabajo doméstico y la sexualidad. Su enorme plus trabajo es apropiado tanto por el hombre que detenta el poder familiar (compañero, marido, padre, hijo,) como por las clases dominantes, y permite el enriquecimiento éstas y de aquellos, que se benefician del trabajo gratuito de las mujeres. De 1980 es la declaración de la OIT, de que «mientras las mujeres trabajan las dos terceras partes de las horas de trabajo del mundo, únicamente perciben el 10% de los salarios y poseen sólo el 1% de los bienes». En 1990 redujo los salarios al 7%. Y en este cálculo no entra el trabajo doméstico de las mujeres de los países industrializados ni la gestación, el parto y el amamantamiento. En cuanto a la sexualidad explotada, ninguna institución ha reconocido como tal la prestación de los servicios sexuales al marido, muchas veces bajo violencia.

El modo de producción doméstico es la forma y manera en que se producen los bienes y la riqueza precisas para el mantenimiento y la reproducción de la sociedad humana, caracterizado por la existencia de dos únicas clases, el hombre y la mujer, y la consecuente explotación sexual, reproductora y productora de ésta por aquel. Las fuerzas productivas determinantes del modo de producción doméstico es la fuerza de trabajo humana y está producida exclusivamente por una de las dos clases: la mujer. En esta división del trabajo se halla la causa materialista de la explotación femenina. El modo de producción doméstico se perpetúa a través de todas las edades, convirtiéndose en un modo de producción básico sobre el que se asientan todos los modos de producción dominantes.

El análisis del proceso de producción reproductivo me ocupó un tomo de mil páginas y en él encontrarán las lectoras curiosas los datos de la más triste, cruel y desconocida historia de la maternidad.

El último desafío lo he cumplido al presentar mi tesis doctoral (octubre 1991) «Mujer y poder Político».

La necesidad de que el Movimiento Feminista alcance la mayoría de edad política al convertirse en un partido o coalición que le permita competir electoralmente, es una constante preocupación para mí desde que el desarrollo del MF demostró que la falta de madurez que padece le convierte en un resto marginal de mujeres empleadas en tareas de asistencia social y difusión cultural. Las 800 páginas del libro recorren el camino que los movimientos de mujeres, desde la Revolución Francesa, han seguido en reclamación de los derechos cívicos, políticos y laborales, y las ausencias y los temores que les han impedido constituirse en una fuerza política y social a ser tenida en consideración.

Feminismo o barbarie

En 1992 publiqué mi tesis doctoral, «Mujer y Poder político», donde defiendo la necesidad de que las mujeres adquieran la conciencia de clase para constituirse en una fuerza política que defienda el feminismo ante los restantes partidos políticos, cómo único camino para acceder al poder del que se hallan tan alejadas y lograr cambiar la sociedad.

En último término, y como cuestión fundamental, no olvidar nunca que ante la disyuntiva de revolución o reforma, el feminismo debe responder firmemente: revolución y reforma. Si debe atender los problemas inmediatos que torturan a las mujeres, trabajando por obtener avances y mejoras que alivien su condición, no puede contentarse con tan magros éxitos, ignorando que mientras no se cambien las estructuras de un mundo injusto no concluirá la cadena de explotaciónes y de opresiones que sufre la mayoría de la humanidad y en mayor proporción que ningún otro ser humano las mujeres. Porque las mujeres

constituyen la mayoría explotada de esta humanidad, y han forjado su carácter en la adversidad y han conocido todos los aspectos del sufrimiento, deben convertirse en las protagonistas de los cambios imprescindibles para convertir en verdaderamente humanas las relaciones entre los sexos, las clases, las razas, los pueblos. Hoy, parafraseando a Rosa Luxemburgo, diré que la única alternativa es feminismo o barbarie.

Bustarviejo, 21 enero 1993

notas:

1. *Los hijos de los vencidos*. 3 edición. Vindicación Feminista, Publicaciones, Madrid, 1989.
2. El grupo feminista *Affidamento* de Milán (Italia) es representativo de esta línea ideológica. Una exposición de su tesis y de su estrategia de trabajo la encontramos en el libro «No creas tener derechos» editado por la Librería de Mujeres de Milán. La traducción castellana está publicada por la Editorial «Horas y Horas» de Madrid, 1991.
3. Suzanne Blaise. *Le rapt des origines ou le meurtre de la mère*. Editado por la autora. París, 1989 constituye el análisis más profundo y completo del fenómeno de insolidaridad y antagonismo femenino, que en el seno del Movimiento Feminista ha constituido la principal causa de las escisiones y enfrentamientos, con el consiguiente debilitamiento y pérdida de objetivos del mismo. Suzanne Blaise atribuye a la ideología machista que impone a la hija el enfrentamiento con la madre y el subsiguiente «matricidio», el origen del enfrentamiento entre mujeres. Blaise realiza un largo estudio sobre los orígenes de las culturas y las posibles sociedades matriarcales. No existe traducción al castellano.
4. *Mujer y Poder Político. Fundamentos de la crisis de objetivos e ideología del Movimiento Feminista*. Vindicación Feminista, Madrid, 1992.
5. En relación a la ideología y estrategia de la izquierda actual resulta muy interesante el artículo del filósofo español, exiliado en Méjico, Adolfo Sánchez

Vázquez, titulado *Después del derrumbe: estar o no a la izquierda*, y publicado en el n 108 de la revista «Sistema», de mayo de 1992. Se ha publicado también como separata.

6. Mis obras publicadas son las siguientes:

Sustituciones y fideicomisos. Editorial Nereo, Barcelona, 1962.

Los derechos laborales de la mujer. Editorial Montecorvo, Madrid, 1964.

Los derechos civiles de la mujer. Editorial Nereo, Barcelona, 1964.

Historia del trabajo. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1965.

Mujer y sociedad. Editorial Fontanella, Barcelona, 1969.

Cartas a una idiota española. Editorial Dirosa, Barcelona, 1974. 10 edición, Vindicación Feminista publicaciones, Madrid, 1990.

Es largo esperar callado. Novela. Editorial Pomaire, Barcelona, 1975. 3 edición, Editorial Hacer-Vindicación Feminista publicaciones, 1984.

Los hijos de los vencidos. Biografía. Editorial Pomaire, Barcelona, 1977.

En el infierno. Ser mujer en las cárceles de España. Ediciones de Feminismo, S.A., Barcelona, 1977.

La razón feminista. Tomo I: La mujer como clase social y económica. El modo de producción doméstico. Editorial Fontanella, Barcelona, 1981.

La razón feminista. Tomo II: La reproducción humana. Editorial Fontanella, Barcelona, 1982.

El juego de la piel. Novela, Editorial Argos-Vergara. Barcelona, 1983.

El alboroto español. Editorial Fontanella, Barcelona, 1984.

Rupturas. Novela. Círculo de Lectores. Barcelona, 1984.1 edición. Fontanella, Barcelona 1984, 2 edición. Hogar del Libro, 3 edición,

Barceloná, 1990.

El varón español a la búsqueda de su identidad. Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1985.

Violencia contra la mujer. 1 edición, Círculo de Lectores. Barcelona, 1991. 2 edición, Vindicación Feminista publicaciones, Madrid, 1991.

Camino sin retorno. Editorial Anthropos, Barcelona, 1992.

Mujer y Poder político. Tesis doctoral, galardonada con apto cum laude por unanimidad. Vindicación Feminista publicaciones, Madrid, 1992.

Artículos y cuentos publicados en periódicos: *El Noticiero Universal* de Barcelona, *El Diario de Barcelona*, *Mundo Diario* de Barcelona, *Tele-Expres* de Barcelona, *El Periódico de Catalunya*, *Informaciones*, Madrid, *Diario 16*, *El País*, *El Independiente*, *Mundo*, *Ya*, de Madrid.

Artículos y cuentos publicados en revistas: *Siluetas*, *Ilustración Femenina*, *Liceo*, *Hogar y la Moda*, *Lecturas*, *Ondas*, *Interviú*, *Cambio 16*, *Vindicación Feminista Poder y Libertad*, *Mujer*, *Emakunde*. Revistas literarias y feministas europeas y estadounidenses.

Trece obras de teatro. Inéditas. Cinco estrenadas.

7. La revista trimestral *PODER Y LIBERTAD*, de Madrid, (utiliza también el acrónimo POYLIB) publicada por el Partido Feminista de España y por Vindicación Feminista Publicaciones, contiene en su número 12 del 1 trimestre de 1990 un extenso informe del que soy autora sobre el *Auge y Caída del Movimiento Feminista- 1975- 1990* en España, donde se analizan las características del Movimiento Feminista español de aquellos años.

8. *Mujer y Poder Político* cit. La Cuarta Parte analiza «La constitución del sujeto feminista. La mujer se reclama protagonista de su propia historia», donde se estudian las características de la última ola del MF en varios países y especialmente en España. El capítulo II *Las mujeres se convierten en feministas. El orgullo de ser mujer*, dedica un apartado a esta peculiaridad del MF. *Seriedad y formalidad. El Movimiento Feminista era una fiesta*. pg. 376.

Para conocer aspectos concretos de las relaciones entre mujeres y de la dinámica de ciertos grupos feministas en el seno del MF en Barcelona mi novela *Rupturas*, Ed. Fontanella, Barcelona 1985.

9. Ver mi artículo *Por una ética feminista* publicado en POYLIB, n 9, 2 semestre 1988. El resto del número dedicado monográficamente al tema de «La ética feminista» contiene materiales imprescindibles para entrar en el debate. Fundamentalmente *Etica o barbarie* de Carlos París, *Etica y Feminismo* de Javier Sádaba.

Así mismo, en POYLIB n 1, Barcelona, junio 1979, primer número aparecido en el momento de la constitución del Partido Feminista contiene mi artículo *A modo de presentación* donde realizo un análisis crítico de las revistas ideológicas, el comportamiento de las feministas y de las militantes de los partidos políticos, de las llamadas feministas independientes.

Para ampliar esta polémica ver POYLIB n 3, *El Partido Feminista de España polemiza con «Femmes en Mouvement»*, edita Partido Feminista, Barcelona, 1982. pg. 20.

10. En POYLIB n 2, Barcelona 1980, los *Materiales de la Jornada de Solidaridad* Barcelona, junio 1980 tratan *Sobre la necesidad de los partidos feministas* y los artículos de Montserrat Fernández Garrido *La necesidad de la organización interna y de la jerarquía*, de M Encarna Sanahuja *Estrategia y táctica del Partido Feminista*, de M José Ragué Arias, *Identidad de un partido feminista en referencia a otros partidos políticos y organizaciones feministas*, dan una clara idea de los objetivos y estrategias del partido feminista. Ver para ampliar el tema, *Partido Feminista. Tesis* Barcelona 1979. POYLIB, n 5, Barcelona 1983, que contiene las tesis del Partido Feminista de España aprobadas en su I Congreso celebrado en Barcelona, el 2 y 3 de julio de 1983.

11. Los números publicados de POYLIB: 1. Modo de producción y patriarcado. Reproducción humana. Trabajo doméstico. 2. Jornadas de sexualidad femenina. 3. Jornadas de reproducción humana. 4. Reproducción in vitro. 5. Tesis del Partido Feminista. 6 La guerra y la paz. Violencia contra la mujer. 7. Salud, dinero y amor. Trabajo. Sexualidad. Reproducción. Educación. Política, de las mujeres en todo el mundo. 8. Mujer y poder. 9. Etica y feminismo. 10. El amor. 11. Homenaje a las mujeres de la Guerra Civil española. 50 años. 12. 15

años de feminismo en el mundo. 13. Feminismo y literatura. 14. Pomografía. 15. Feminismo y comunismo. 16. Feminismo y pacifismo. 17. Mujer e Islam. 18. Madres- Reproducción, demografía, población, ecología. 19. Presas. Mujeres en la cárceles españolas. 20. El Maastricht de las mujeres. Educación, trabajo, maternidad, europeas.

12.- Los títulos publicados por Vindicación Feminista:

En el infierno. Ser mujer en las cárceles de España. Lidia Falcón.

SCUM. Organización para el exterminio del hombre. Valerie Solanas.

Los hijos de los vencidos. Lidia Falcón.

Cartas a una idiota española. Lidia Falcón

En pleno vuelo. Kate Millet.

El poder de las mujeres y el Estado del bienestar. Helga Maria Hernes.

El derecho de la mujer. Tove Stang Dahl.

Violencia contra la mujer. Lidia Falcón

Mujer y poder político. Lidia Falcón

Mujeres del mundo. La sororidad es internacional. Ochenta autoras.
Editado por Robin Morgan.

13. *La Razón Feminista. Tomo I. La mujer como clasesocialy económica. El modo de producción doméstico.* Ed. Fontanella. Barcelona, 1980. *La razón Feminista. Tomo II. La reproducción humana.* Ed. Fontanella, Barcelona, 1981.

14. *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio.* Ediciones Cátedra, Madrid, 1992.

15. *Contribución a la crítica de la economía política.*

16. *Formaciones económicas precapitalistas.*

17. *El Manifiesto Comunista.*

18. Editorial Comunicación. Madrid, 1973.